

INTRODUCCIÓN

Este libro es un manual de Filosofía de la Educación o, al menos, eso pretende ser. Esta intención implica que su texto debe ser inteligible para los que se inician en el saber pedagógico o en el filosófico; incluso debería ser legible para todo lector con cultura universitaria media. No es un propósito pequeño ni una tarea sencilla. Un manual es el elemento básico para —mejor que aprender— *iniciarse* en una disciplina científica o humanística. Atendiendo al aprendiz a quien se dirige, debe reunir unas condiciones particulares que podrían resumirse con la expresión coloquial “ir directamente al grano.”

Se puede y, en ocasiones, se debe divulgar el saber; pero no a través de un manual; divulgar es irremediablemente vulgarizar, y ni la ciencia ni la filosofía son cosas vulgares. La misión de un manual no es divulgar, sino exponer y explicar lo *elemental* de la disciplina; y ésta es una de las tareas más arduas del especialista o experto. Los “elementos” son los fundamentos o primera materia de la realidad y del pensamiento; los que sustentan las verdades y, al tiempo, fecundan los interrogantes de la investigación. Enunciar armónicamente ambas vertientes es posiblemente el gran reto científico y pedagógico que supone escribir *un sencillo manual*. No es ponerse la venda antes que herirse, sino avisar lealmente de las dificultades que el lector puede encontrar. Y es también una implícita invitación a comunicar a los autores críticas y sugerencias que puedan mejorar el texto, en todas sus dimensiones.

Como otro aviso complementario, los autores declaran su convencimiento de que este libro, en la medida en que contenga una buena y verdadera Filosofía de la Educación, ayudará a pensar sobre la educación; lo cual supone implícitamente que la posible utilidad que tenga será mayor

para quienes estén o hayan estado educando. El saber educativo se gesta en cada uno desde la experiencia pedagógica, la comunicación con los colegas y las lecturas realizadas; en esta última fase es cuando este libro puede jugar un papel valioso, dependiendo éste tanto de su calidad intrínseca, como de la disposición del lector. Por ello conviene insistir: quien quiera aprender cómo educar, debe buscar otro libro; éste puede servir a quienes, sabiendo desenvolverse razonablemente en el quehacer educativo, tengan tiempo y ganas para pensar en la educación. Incluso es muy posible que sirva más a quienes más saben educar, para recordarles las razones por las que no deben olvidar lo que realmente saben y, tal vez, para inquietarles con razones que cuestionen lo que creen que ya saben.

Esta intención sustenta la misión propia que la filosofía debe tener en el saber educativo; y dicha misión resulta tanto más vital hoy para la educación en cuanto ésta se ha configurado preferentemente desde instancias cientifistas con pretensiones de inmediata, fluida y eficaz aplicación. Desde que se propagó públicamente la propuesta de la educación como terapia definitiva de los males sociales, y desde que fue aceptado como axioma indiscutido que la educación es la “fábrica” de los individuos deseables para una sociedad justa, solidaria, democrática, etc., el saber pedagógico ha crecido como nunca lo hizo antiguamente. Sin embargo, dicho desarrollo ha estado guiado por la dominante racionalidad tecnológica o instrumental, que deja sin contestar las cuestiones esenciales que se dirimen en la educación, y que podrían resumirse en una pregunta intemporal que, por primera vez en Occidente, le formula Sócrates a Alcibíades: *¿qué es el hombre?* Además, el ejercicio y desarrollo de la educación transforma esa pregunta, ahondando en ella: *¿quién es el hombre?*

Como materia o disciplina sapiencial, la Filosofía de la Educación se vincula estrechamente a dos ramas del saber filosófico: la Antropología y la Ética. Esta dependencia, no obstante, debe matizarse al menos en dos puntos. En primer lugar, la relación es de subordinación, pero no entendida como derivación o aplicación práctica de la Ética y la Antropología, sino como referencia sapiencial y filosófica a esas ramas filosóficas. La Filosofía de la Educación parte de la reflexión sobre la experiencia pedagógica y sigue su propio discurso lógico, de carácter práctico-teórico. Cuando se topa con conceptos nucleares tales como persona, libertad o virtud, toma la referencia necesaria a la Ética o la Antropología. No hay propiamente subordinación, sino —según el término clásico— *subalternación* de un saber a otros.

INTRODUCCIÓN

Por otra parte, y en segundo lugar, la Ética y la Antropología pertinentes en este caso deben ser aquéllas que permitan contestar debidamente a la pregunta anterior: no a *qué*, sino a *quién* es el hombre; la referencia pedagógica así lo exige. La educación lo es de seres humanos, y no de ningún “hombre” arquetípico; no existe un modelo humano a realizar. Lo que en el inicio mismo de su experiencia pedagógica descubre todo educador, sea padre de familia, profesor o pedagogo social, es que cada persona tiene que realizar la humanidad según su propio ser, que es su único modelo de excelencia. Mantener la unidad de la esencia humana mediante la afirmación fehaciente de la diversidad personal: ésta es la raíz y el tronco de la educación; aunque sólo fuera por esto —integrar unidad y diversidad— el saber pedagógico requiere de la filosofía en su núcleo radical.

La pérdida de *la unidad del saber* que caracteriza a la racionalidad científica y filosófica de la modernidad genera una inercia de vacío que lleva a plantear la pregunta: ¿qué Ética y qué Antropología, y para cuál Filosofía de la Educación? Es el lastre del relativismo que impide, más que el progreso, el desarrollo del saber. La historia del pensamiento en los últimos siglos muestra que la pregunta por el fundamento del fundamento esteriliza al mismo pensamiento, pues el planteamiento reflexivo al inicio del conocer hace al conocimiento iterativo en la reflexión; en esta situación sólo es posible abrirse al estudio sobre el fundamento del fundamento-del-fundamento, y así sucesivamente en un camino cerrado sin término de búsqueda. La Filosofía de la Educación es un saber que se inscribe en la frontera entre la Ética y la Antropología; por su realización como saber, especialmente en cuanto síntesis integradora del conocimiento, justifica su razón de ser.

La Filosofía de la Educación presenta otra dificultad genérica para la elaboración de un manual, y es su lamentable juventud como disciplina académica. Hay que tener paciencia y confianza, pues este penoso defecto se subsanará con unos pocos siglos de estudio e investigación; pero en el momento actual, hay lo que hay; y junto con la lozanía y el vigor de la novedad, se dan también la tosquedad y la precariedad de la inmadurez, como es propio de la juventud.

Se trata de una materia que, estirando al extremo la búsqueda de precursores, llega al siglo de existencia; si se es más rígido en la datación histórica, como disciplina instaurada regularmente en los currículos universitarios, apenas llega al medio siglo de vida académica. Es sin duda

la pujanza social de su objeto de estudio —la educación— lo que puede explicar su pervivencia en las últimas décadas, siendo como es un mero campo de estudio e investigación, sin fronteras definidas ni estatuto mínimamente consensuado en la comunidad científica o filosófica, y casi tampoco en la comunidad pedagógica.

Sin embargo, ni la precariedad es vacío, ni la indefinición es ignorancia. Hay ciertas constantes temáticas que aparecen persistentemente en las publicaciones que se inscriben bajo la rúbrica de “Filosofía de la Educación.” Estos temas son, más o menos, los títulos de los capítulos que componen este libro, y que se declaran en el índice; su lectura, pues, la del índice, aporta unas señales indicativas del camino que recorrerá el lector. Por otra parte, el hilo conductor de la exposición temática es siempre la dimensión teleológica de la educación, en cualquiera de las varias dimensiones que son consideradas. La segunda parte de este libro afronta directamente la cuestión de la finalidad de la educación; pero en todo el conjunto está presente el punto de vista teleológico, hable concretamente o no del fin de la educación. El conocimiento de la acción humana desde la perspectiva formal de la finalidad es el carácter distintivo de la filosofía práctica, que no busca primordialmente responder a las preguntas sobre el *cómo* o el *por qué* de algo; sino —y es lo que importa radicalmente a la acción— sobre el *para qué* de lo que hacemos. Y cuando se trata de la educación, es decisivo y dirimente saber *para qué* hacemos lo que hacemos.

No es un asunto trivial. Ningún educador admitirá que no sabe para qué hace lo que hace; pero pocos podrán explicarlo inteligible y convincentemente. Esto no va en desdoro de los educadores. También es insólito encontrarse a alguien que supere la prueba de explicar razonablemente para qué vive la vida que vive; y, según parece, la vida es un asunto de la mayor importancia. Lo cierto es que a todos nos conviene dedicar algún tiempo a pensar sobre la finalidad que mueve nuestra existencia, y que también a los educadores les será beneficioso considerar su tarea desde su esencial dimensión teleológica. Ésa es la ayuda que pretende aportar la reflexión filosófica.

Si la Filosofía de la Educación persiste en esta orientación sapiencial, tiene garantizada su continuidad y su crecimiento; por lo menos, porque ninguna otra disciplina dentro del saber pedagógico parece interesarse rigurosa ni sinceramente por tal cuestión.